

LAS "ACADEMIAS" CINEMATOGRAFICAS

¿Quiere usted enriquecerse sin trabajar, aunque no sepa leer ni escribir? Organice una "academia" cinematográfica, ponga avisos en los diarios, y a la semana tendrá cuenta corriente en más de un Banco: tal será la cantidad de chifladas y chiflados que irán de buen modo a entregarle el dinero.

Cómo se engaña a los ilusos

Recorto de la carta de un lector los siguientes datos que revelan bien a las claras qué clase de aventureros son estos profesores de "cinematografía":

"Por pura curiosidad fui un buen día al estudio cinematográfico sito en la calle Belgrano... y allí se me dijo que había que someterse a una prueba fotográfica, la cual costaba dos pesos. Acepto; "palmo" los dos "mangos" y después de cuatro días me dan la contestación diciendo que he sido aceptado, a pesar del "escracho" y de mis ...(no se asusten) sesenta y cuatro años. Lo más colosal llega ahora. Me presentan una hoja escrita a máquina donde estaban los "estatutos" y "reglamentos" de la casa, entre los que resaltaban estos detalles: El aspirante debía abonar veinte pesos mensuales para el aprendizaje de mímica (este curso dura un mes), otros veinte por aprendizaje de escena (otro mes) y otros veinte pesos más para caracterización (otro mes)... En total, sesenta pesos y dos de foto; sesenta y dos "bataraces". Después de tres meses de práctica era sometido a una prueba cinematográfica, para la cual tenía que pagar (seguimos pagando) nada más que veinte pesos. Lo más lindo del caso es que el director y propietario de la academia me daba a hacer siempre el papel de "galán joven" ¡con mis sesenta y cuatro años! para que me entusiasmara con alguna chica a la que, para aprender, tenía que abrazar..."

Las mujeres en las academias

Lo que ocurre en las academias de seudos "profesores" no tiene nombre. Ignoro si las madres ingenuas y confiadas que dejan ir a sus hijas allí, se enteran de que a éstas, progresivamente, se les enseña a perder sus escrúpulos y a dejarse, en nombre de la cinematografía, abrazar de mil distintas maneras y a exponerse en "desnudos artísticos" al examen de unos perfectos sinvergüenzas que para convencerlas, les dicen:

—Lo mismo se hace en "Jolibud".

Algunos cachafaces van a estas academias a buscar programas. No sabemos si admirarnos de la estupidez de los alumnos, del descaro de los "directores artísticos" o de la negligencia de la policía, que no sabemos cuándo se resolverá a intervenir para controlar seriamente las actividades de los "profesores" y las identidades y permisos paternos de las menores que van de los brazos de un aprendiz a los de otro.

Yo, personalmente, no me las voy a dar de moralista. No. Por el contrario, sonrío amablemente cuando me entero de ciertas cosas, mas la inmoralidad comercializada me revienta de cualquier manera y los zonzos y las chifladas me producen más compasión

que otra cosa. Cierto es que ya he conocido demasiados zonzos y demasiadas "estrellas" en cualquier actividad para no darme cuenta que el mundo es una especie de bosque donde los más astutos se devoran a los más débiles; mas, como en mis manos está hablar de esta nueva polilla que apareció en la ciudad, me siento obligado a revelar lo que sé.

"Necesitamos artistas de cine"

Una de las triquiñuelas de que se valen estos audaces es solicitar por intermedio de los avisos de los diarios artistas de cine, para "filmar una película". Usted llega a la caverna de los susodichos caballeros y, en cuanto lo ven, exclaman:

—Éste es el tipo que nosotros necesitábamos. Precisamente usted es el que nos hacía falta. Eso sí, tendrá que hacer un poco de práctica. (Y aquí le largan el anzuelo de la academia.)

Mientras el director lo conversa, por el suelo, a pocos pasos de distancia, un desgraciado hace gestos de desesperación. Otro, en cambio, pasea furiosamente de un rincón a otro, riéndose como si hubiera ganado la grande. Una muchacha menea solitariamente la ca-

beza. Usted, de primera intención, cree que ha llegado a un manicomio. No; son los alumnos, mejor dicho, los giles que ensayan el gesto número treinta, cuarenta o cincuenta y cinco del programa de mímica, para convertirse en artistas. Y el propietario de la academia le explica a usted:

—Nosotros necesitamos un tipo como usted para la película que actualmente preparamos. Contamos, afortunadamente, con algún tiempo todavía, porque no nos ha llegado una máquina especial desde Norte América. En cuanto llegue, la película sale a la calle.

Para ser artista de cine

Me dice Néstor, el cronista cinematográfico de nuestro diario:

—No hay academia en ninguna parte del mundo que pueda preparar a alguien para ser artista cinematográfico.

Se nace artista cinematográfico, como se nace poeta, novelista o malandrino. Si una academia pudiera preparar artistas de cine, no ocurriría lo que pasa: el mundo tiene mil millones de habitantes... y de estos mil millones se han destacado unos quinientos hom-

bres en la pantalla. Pongamos mil. Pongamos cinco mil. La cifra no guarda relación con la cantidad de millones.

Artista de cine puede serlo, por casualidad, el vigilante de la esquina, como el director de un Banco. Lo indispensable es que a este hombre lo descubra un técnico de cine, y aquí no hay técnicos de cine. Las academias que vegetan en nuestro país no son otra cosa que trampas para estafar a ingenuas y cándidos.

[*El Mundo*, 30/6/1931]